

J.K. ROWLING

Harry Potter™

y la piedra filosofal



salamandra


Harry Potter se ha quedado huérfano y vive en casa de sus abominables tíos y del insoportable primo Dudley. Harry se siente muy triste y solo, hasta que un buen día recibe una carta que cambiará su vida para siempre. En ella le comunican que ha sido aceptado como alumno en el colegio interno Hogwarts de magia y hechicería. A partir de ese momento, la suerte de Harry da un vuelco espectacular. En esa escuela tan especial aprenderá encantamientos, trucos fabulosos y tácticas de deportes. Se consagrará campeón escolar de fútbol aéreo

Se enfrentará a los peligrosos magos que se esconden en las sombras y se verá envuelto en el campeonato de quidditch, especie de deporte que se juega montado sobre escobas, y se hará un puñado de buenos amigos... aunque también algunos temibles enemigos. Pero sobre todo, conocerá los secretos que le permitirán cumplir con su destino. Pues, aunque no lo parezca a primera vista, Harry no es un chico común y corriente. ¡Es un verdadero mago!



Serie HARRY POTTER

- ① - *La piedra filosofal*
- ② - *La cámara secreta*
- ③ - *El prisionero de Azkaban*
- ④ - *El cáliz de fuego*
- ⑤ - *La Orden del Fénix*
- ⑥ - *El misterio del príncipe*
- ⑦ - *Las Reliquias de la Muerte*

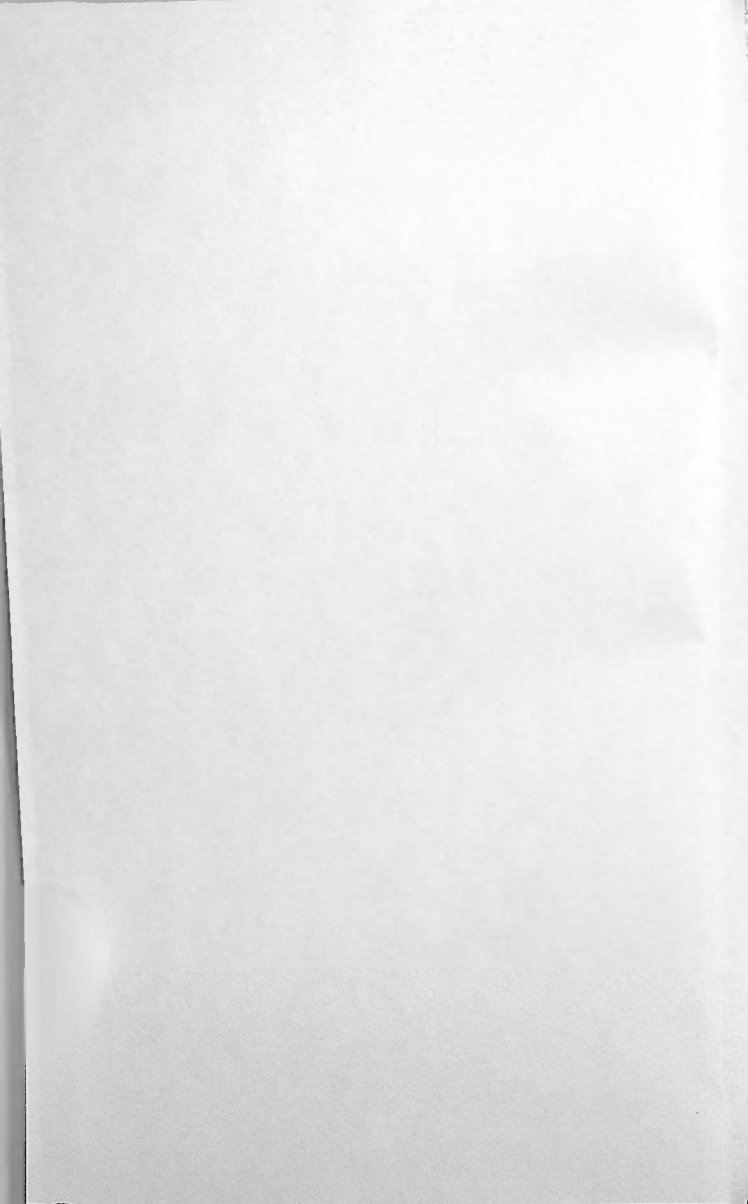
 salamandra

Edición Cano Sur

ISBN 978-84-9838-017-0



9 788498 380170



JK Rowling

Harry Potter

y

la piedra filosofal



Harry Potter

7

la piedad filosofal



J.K. ROWLING

Harry Potter y la piedra filosofal



salamandra

Título original: *Harry Potter and the Philosopher's Stone*

Traducción: Alicia Dellepiane Rawson

Ilustración de la cubierta: Dolores Avendaño

Copyright © J.K. Rowling, 1997

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 1999

*Harry Potter, characters, names and related indicia are
trademarks of and © Warner Bros. Entertainment Inc.
s08*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-017-0
Depósito legal: B-2.967-2008

1ª edición, enero de 2006
3ª edición, enero de 2008
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

*Para Jessica, que ama los cuentos,
para Anne, que también los ama,
y para Di, que oyó esta historia primero.*

El niño que sobrevivió

El sábado la señora Dursley del número cuatro de Privet Drive recibía visitas regulares de unos que eran perfectamente normales y muy agradables por ellos. Como sus hijos, por supuesto, eran muy respetuosos y cumplidos. Pero no algunos niños y niñas como aquellos que se comportaban como ellos.

El señor Dursley era el director de una empresa llamada El Torro que hacía helados. Era un hombre muy rico y feliz, con una casa, pero con un hijo muy malo. Su nombre era Dudley pero él era y él era un niño con el doble de largo de lo habitual, lo que le resultaba muy útil ya que podía la mayor parte de su tiempo estar en los jardines, para espiar a sus vecinos. Los Dursley tenían un hijo pequeño llamado Dudley, y para ellos, no había un niño mejor que él.

Los Dursley tenían todo lo que querían, pero también tenían un secreto y su mayor temor era que alguien pudiera descubrirlo. No querían poder saber que alguien descubriera lo de los Potter. La señora Potter era hermana de la señora Dursley pero no se veían desde hacía años. De hecho, la señora Dursley pensaba que no tenía una hermana, porque su hermana y su marido, un increíble, eran todo lo opuesto de los Dursley. Los Dursley se espantaban al pensar en lo que dirían los vecinos si los Potter aparecieran en la tienda. Los Dursley sabían que los Potter también tenían un hijo pequeño, pero nunca lo habían visto. Ese niño era una buena razón para mantener alejados a los Potter: no querían que Dudley se juntara con un niño como él.

Y para mí que yo soy el único
que amo que amo a los
que amo que amo a los

El niño que sobrevivió

El señor y la señora Dursley, del número cuatro de Privet Drive, estaban orgullosos de decir que eran perfectamente normales y muy agradecidos por ello. Eran las últimas personas que uno esperaría encontrar involucradas en algo extraño o misterioso, porque no aceptaban esas tonterías.

El señor Dursley era el director de una empresa llamada Grunnings, que hacía taladros. Era un hombre corpulento y rollizo, casi sin cuello, pero con un bigote muy largo. La señora Dursley era delgada y rubia y tenía un cuello casi el doble de largo de lo habitual, lo que le resultaba muy útil, ya que pasaba la mayor parte de su tiempo estirándolo sobre las verjas de los jardines, para espiar a sus vecinos. Los Dursley tenían un hijo pequeño llamado Dudley, y para ellos, no había un niño mejor que él.

Los Dursley tenían todo lo que querían, pero también tenían un secreto, y su mayor temor era que alguien pudiera descubrirlo. No creían poder soportar que alguien descubriera lo de los Potter. La señora Potter era hermana de la señora Dursley, pero no se veían desde hacía años; de hecho, la señora Dursley simulaba que no tenía una hermana, porque su hermana y su marido, un inservible, eran todo lo contrario de los Dursley. Los Dursley se estremecían al pensar en lo que dirían los vecinos si los Potter aparecieran en la vereda. Los Dursley sabían que los Potter también tenían un hijo pequeño, pero nunca lo habían visto. Ese niño era otra buena razón para mantener alejados a los Potter: no querían que Dudley se juntara con un niño como ese.

Nuestra historia comienza cuando el señor y la señora Dursley se despertaron ese martes gris y nublado. No había nada en el cielo con nubes que sugiriera que cosas extrañas y misteriosas muy pronto ocurrirían por toda la región. El señor Dursley tarareaba mientras elegía su corbata más aburrida para el trabajo y la señora Dursley parloteaba feliz mientras forcejeaba para colocar al chillón Dudley en su silla alta.

Ninguno de ellos notó una gran lechuza rojiza que pasaba volando por la ventana.

A las ocho y media, el señor Dursley tomó su portafolio, besó a la señora Dursley en la mejilla y trató de despedirse de Dudley con un beso, pero no pudo porque Dudley tenía un berrinche y tiraba su cereal contra las paredes. «Chiquilín», exclamó entre dientes el señor Dursley, mientras salía de la casa. Se metió en su coche y se alejó del número cuatro.

Al llegar a la esquina se dio cuenta de la primera señal de algo singular: un gato que leía un mapa. Por un segundo, el señor Dursley no se dio cuenta de lo que había visto, pero luego torció la cabeza para mirar otra vez. Había un gato atigrado en la esquina de Privet Drive, pero no se veía ningún mapa. ¿En qué había estado pensando? Sin duda, era un problema de la luz. El señor Dursley parpadeó y contempló al gato. Le devolvió la mirada. Mientras el señor Dursley daba vuelta la esquina y tomaba la calle, observó al gato por el espejo. Ahora estaba leyendo el cartel que decía Privet Drive; no, mirando el cartel, los gatos no pueden leer carteles ni mapas. El señor Dursley se sacudió apenas y alejó al gato de sus pensamientos. Mientras conducía hacia la ciudad, no pensó en otra cosa que en la gran cantidad de pedidos de taladros que confiaba conseguir ese día.

Pero en las afueras de la ciudad, algo alejó los taladros de su mente. Mientras esperaba en el habitual congestionamiento matinal del tránsito, no pudo dejar de notar una cantidad de gente vestida en forma extraña. Gente con capas. El señor Dursley no soportaba la gente que usaba ropa ridícula. ¡Los conjuntos que usaba la gente joven! Supuso que ésa debía de ser alguna estúpida moda nueva. Tamborileó con los dedos sobre el volante y su mirada se posó en ese montón de extraños que estaban allí cerca. Cuchicheaban entre ellos, muy excitados. El señor Dursley se enfureció al

darse cuenta de que un par de ellos no eran jóvenes. Ese hombre era mayor que él ¡y vestía una capa verde esmeralda! ¡Qué atrevido! Pero entonces se le ocurrió al señor Dursley que tal vez eso era una tonta manera de llamar la atención —esa gente evidentemente hacía una colecta para algo—, sí, tenía que ser eso. El tránsito avanzó y unos pocos minutos más tarde, el señor Dursley llegó al estacionamiento de Grunnings, pensando nuevamente en los taladros.

El señor Dursley siempre se sentaba de espaldas a la ventana, en su oficina en el noveno piso. Si no lo hubiera hecho así, le habría resultado difícil concentrarse esa mañana en los taladros. No vio las lechuzas que volaban a plena luz del día, aunque la gente en la calle sí las veía y las señalaba con la boca abierta, mientras pasaban una tras otra las lechuzas. La mayoría de ellos no había visto una lechuza ni siquiera de noche. Sin embargo, el señor Dursley tuvo una mañana perfectamente normal, sin lechuzas. Gritó a cinco personas diferentes. Hizo varias llamadas telefónicas importantes y gritó un poco más. Estaba de muy buen humor hasta la hora de almorzar, cuando decidió estirar las piernas y cruzar la calle para comprarse un bollo en la panadería.

Había olvidado a la gente con capas hasta que pasó a un grupo de ellos cerca de la panadería. Al pasar, los miró enojado. No sabía por qué, pero lo hacían sentir inseguro. Este grupo también susurraba con excitación y no pudo ver ni una alcancía. Cuando regresaba con un gran bollo en una bolsa de papel, alcanzó a oír unas pocas palabras de lo que decían.

—Los Potter, eso es, eso es lo que escuché...

—Sí, el hijo de ellos, Harry...

El señor Dursley se quedó petrificado. El temor lo invadió. Se volvió hacia los que murmuraban, como si quisiera decirles algo, pero se contuvo.

Se apresuró a cruzar la calle y corrió hasta su oficina, gritó a su secretaria que no lo molestaran, tomó el teléfono y casi había terminado de marcar los números de su casa cuando cambió de idea. Dejó el aparato y se estrujó los bigotes mientras pensaba... no, era un estúpido. Potter no era un apellido tan especial. Estaba seguro de que había muchísima gente que se llamaba Potter y tenía un hijo llamado

Harry. Y pensándolo mejor, ni siquiera estaba seguro de si su sobrino se llamaba Harry. Nunca había visto al niño. Podría llamarse Harvey. O Harold. No tenía sentido preocupar a la señora Dursley, quien siempre se molestaba mucho ante cualquier mención de su hermana. No la culpaba... si él hubiera tenido una hermana así... pero de todos modos, esa gente con capas...

Esa tarde le costó concentrarse en los taladros y cuando dejó el edificio, a las cinco en punto, estaba todavía tan preocupado que tropezó con un hombre que estaba en la puerta.

—Perdón —gruñó, mientras el hombre diminuto se tambaleaba y casi cae al suelo. Unos segundos después, el señor Dursley se dio cuenta de que el hombre usaba una capa violeta. No parecía disgustado por el empujón. Al contrario, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa, mientras decía con una voz tan chillona que llamaba la atención de los que pasaban:

—¡No se disculpe, mi querido señor, porque hoy nada puede molestarme! ¡Hay que alegrarse, porque el Innombrable finalmente se ha ido! ¡Hasta los *muggles* como usted deberían celebrar este feliz, feliz día!

Y el anciano abrazó al señor Dursley y se alejó.

El señor Dursley permaneció completamente abochornado. Lo había abrazado un desconocido. También pensó que lo había llamado «un *muggle*», no importa lo que eso fuera. Estaba desconcertado. Se apresuró a subir a su coche y dirigirse a su casa, deseando que todo fuera obra de su imaginación, algo que nunca había deseado antes, porque no aprobaba la imaginación.

Cuando entró en la senda privada, lo primero que vio —y eso no mejoró su humor— fue el gato atigrado que había visto esa mañana. Ahora estaba sentado en la pared de su jardín. Estaba seguro de que era el mismo, tenía las mismas manchas alrededor de los ojos.

—¡Fuera! —dijo el señor Dursley en voz alta.

El gato no se movió. Sólo le dirigió una mirada severa. El señor Dursley se preguntó si ésa sería una conducta normal en un gato. Trató de calmarse y entró en la casa. Todavía seguía decidido a no decirle nada a su esposa.

La señora Dursley había tenido un día bueno y normal. Mientras comían, le contó todo sobre los problemas de la se-

ñora de la puerta de al lado con su hija, y que Dudley había aprendido una nueva frase («¡no lo haré!»). El señor Dursley trató de actuar con normalidad. Una vez que acostaron a Dudley, fue al living a tiempo para el informativo de la noche.

—Y por último, observadores de pájaros de todas partes han informado que hoy las lechuzas han tenido una conducta poco habitual. Pese a que las lechuzas normalmente cazan durante la noche y es muy difícil verlas a la luz del día, hubo cientos de avisos sobre el vuelo de esos pájaros en todas direcciones, desde la salida del sol. Los expertos son incapaces de explicar la causa por la que las lechuzas han cambiado sus horarios de sueño. —El locutor se permitió una mueca irónica. —Muy misterioso. Y ahora, de nuevo con Jim McGuffin con el informe del tiempo. ¿Habrás más lluvias de lechuzas esta noche, Jim?

—Bueno, Ted —dijo el meteorólogo—, eso no lo sé, pero no sólo las lechuzas han tenido hoy una actitud extraña. Televidentes de lugares tan apartados como Kent, Yorkshire y Dundee, han telefoneado para decirme que en lugar de la lluvia que prometí ayer, ¡tuvieron un chaparrón de estrellas fugaces! Tal vez la gente comenzó a festejar antes de tiempo la Noche de las Fogatas. ¡Es la semana que viene, muchachos! Pero puedo prometerles una noche lluviosa.

El señor Dursley se quedó congelado en su sillón. ¿Estrellas fugaces por toda Gran Bretaña? ¿Lechuzas volando a la luz del día? Y ese murmullo, ese cuchicheo sobre los Potter...

La señora Dursley entró en el living con dos tazas de té. Esto no era bueno. Tenía que decirle algo a su esposa. Se aclaró la garganta con nerviosidad.

—Eh... Petunia querida, ¿has sabido últimamente algo sobre tu hermana?

Como lo esperaba, la señora Dursley parecía molesta y enojada. Después de todo, normalmente ellos fingían que ella no tenía una hermana.

—No —respondió cortante—. ¿Por qué?

—Unas cosas muy raras en las noticias —masculló el señor Dursley—. Lechuzas... estrellas fugaces... y hoy había en la ciudad una cantidad de gente de aspecto raro...

—¿Y entonces? —interrumpió bruscamente la señora Dursley.

—Bueno, simplemente pensé... quizá... que podría tener algo que ver con... tú sabes... su grupo.

La señora Dursley bebió el té con los labios fruncidos. El señor Dursley se preguntó si se animaría a decirle que había oído el apellido «Potter». Decidió que no se atrevía. En lugar de eso, preguntó, tratando de parecer despreocupado:

—El hijo de ellos... debe de tener la edad de Dudley, ¿no?

—Eso supongo —respondió la señora Dursley con rigidez.

—¿Y cómo era su nombre? ¿Howard, no?

—Harry. Un nombre vulgar y detestable, si me lo preguntas.

—Oh, sí —dijo el señor Dursley, con una horrible sensación de abatimiento—. Sí, estoy de acuerdo.

No dijo nada más sobre el tema, y subieron a acostarse. Mientras la señora Dursley estaba en el cuarto de baño, el señor Dursley se acercó lentamente hasta la ventana del dormitorio y escudriñó hacia el jardín de adelante. El gato todavía estaba allí. Miraba con atención hacia Privet Drive, como si estuviera esperando algo.

¿Se estaba imaginando cosas? ¿Todo esto podría tener algo que ver con los Potter? Si fuera así... si se descubría que ellos eran parientes de un par de... bueno, no creía poder soportarlo.

Los Dursley se fueron a la cama. La señora Dursley se quedó dormida rápidamente, pero el señor Dursley permaneció despierto, con todo eso dando vueltas por su mente. Su último y consolador pensamiento, antes de quedarse dormido, fue que, aunque los Potter estuvieran involucrados, no había razón para que se acercaran a él y a la señora Dursley. Los Potter sabían muy bien lo que él y Petunia pensaban sobre ellos y los de su clase... No veía cómo él y Petunia iban a ser involucrados en nada que tuviera que ver con esa gente —bostezó y se dio vuelta—, no podría afectarlos a ellos...

Qué equivocado que estaba.

El señor Dursley cayó en un sueño intranquilo, pero el gato en la pared del jardín no mostraba señales de tener sueño. Estaba sentado tan inmóvil como una estatua, con los ojos fijos, sin pestañear, en la esquina de Privet Drive.

Apenas tembló cuando se cerró la puerta de un coche en la cuadra siguiente ni siquiera pestañeó cuando dos lechuzas bajaron sobre su cabeza. De hecho, el gato no se movió hasta la medianoche.

Un hombre apareció en la esquina que el gato había estado observando, apareció tan súbita y silenciosamente que uno habría pensado que había surgido de la tierra. La cola del gato se agitó y sus ojos se entrecerraron.

Un hombre como ese nunca había sido visto en Privet Drive. Era alto, delgado y muy anciano, a juzgar por su pelo y barba plateados, tan largos como para sujetarlos con el cinturón. Usaba ropa larga, una capa color púrpura que barría el piso y botas de taco alto y hebillas. Sus ojos azules eran suaves, brillantes y centelleaban detrás de unos anteojos con cristales con forma de media luna y su nariz era muy larga y torcida, como si se la hubiera fracturado un par de veces. Su nombre era Albus Dumbledore.

Albus Dumbledore no parecía darse cuenta de que había llegado a una calle en donde todo, desde su nombre hasta sus botas, eran rechazadas. Estaba muy ocupado moviendo su capa, buscando algo. Pero pareció darse cuenta de que lo observaban, porque de pronto miró al gato, que todavía lo observaba fijamente desde la otra punta de la calle. Por alguna razón, ver al gato pareció divertirlo. Rió entre dientes y murmuró:

—Debí haberlo sabido.

Encontró en su bolsillo interior lo que estaba buscando. Parecía un encendedor de plata. Lo abrió, lo levantó en el aire y lo encendió. La luz más cercana de la calle se apagó con un leve estallido. Lo encendió otra vez y la siguiente lámpara quedó a oscuras. Doce veces hizo funcionar el apagador, hasta que las únicas luces que quedaron en toda la calle fueron dos círculos luminosos en la distancia, que eran los ojos del gato que lo observaba. Si ahora alguien miraba por la ventana, hasta la señora Dursley con sus ojos como cuentas, no podría ver lo que sucedía en la calle. Dumbledore volvió a guardar el apagador dentro de su capa y caminó hacia el número cuatro de la calle, donde se sentó en la pared, cerca del gato. No lo miró, pero después de un momento, le dijo:

—Qué gusto verla aquí, profesora McGonagall.

Se volvió para sonreír al gato, pero ya no estaba. En lugar del gato, le estaba sonriendo a una mujer de aspecto severo, con anteojos de montura cuadrada, con la misma forma de las manchas que el gato tenía alrededor de los ojos. La mujer también llevaba una capa, de color esmeralda. Su cabello negro estaba recogido en un rodete. Estaba claramente disgustada.

—¿Cómo supo que era yo? —preguntó.

—Mi querida profesora, nunca vi a un gato sentado tan rígido.

—Usted también estaría rígido si hubiera estado sentado en una pared de ladrillo durante todo el día —respondió la profesora McGonagall.

—¿Todo el día? ¿Cuándo podría haber estado celebrando? Debo de haber pasado por una docena de celebraciones y fiestas en mi camino hasta aquí.

La profesora McGonagall resopló enojada.

—Oh, sí, todos celebraban, de acuerdo —dijo con impaciencia—. Uno creería que iban a ser un poquito más prudentes, pero no... hasta los *muggles* se dieron cuenta de que algo sucede. Salió en las noticias. —Torció la cabeza en dirección a la ventana del oscuro living de los Dursley. —Lo escuché. Bandadas de lechuzas... estrellas fugaces... Bueno, ellos no son totalmente estúpidos. Tenían que darse cuenta de algo. Estrellas fugaces cayendo en Kent... apuesto a que fue Dedalus Diggle. Nunca tuvo mucho sentido común.

—No puede culparlos —dijo Dumbledore con tono afaible—. Hemos tenido muy poco que celebrar durante once años.

—Ya lo sé —respondió irritada la profesora McGonagall—. Pero eso no es una razón para que perdamos la cabeza. La gente se ha vuelto completamente descuidada, sale a las calles a plena luz del día, ni siquiera vestida con la ropa de los *muggles*, y rumorea.

Lanzó una mirada cortante y de soslayo hacia Dumbledore, como si esperara que le contestara algo, pero como no lo hizo, continuó hablando:

—Sería extraordinario que el mismo día en que el Innombrable parece haber desaparecido al fin, los *muggles* descubrieran todo sobre nosotros. Supongo que él realmente se ha ido, ¿no, Dumbledore?

—Con seguridad es lo que parece —dijo Dumbledore—. Tenemos mucho que agradecer. ¿Le gustaría un caramelo de limón?

—¿Un qué?

—Un caramelo de limón. Es una clase de golosina de los *muggles* que me gusta mucho.

—No, muchas gracias —respondió con frialdad la profesora McGonagall, como si considerara que ése no era el momento para dulces—. Como le decía, aunque el Innombrable se haya ido...

—Mi querida profesora, con seguridad que una persona sensata como usted puede llamarlo por su nombre, ¿verdad? Toda esa tontería del Innombrable... durante once años intenté persuadir a la gente para que lo llamara por su verdadero nombre: Voldemort. —La profesora McGonagall se echó hacia atrás con temor, pero Dumbledore, ocupado en desenvolver dos caramelos de limón, pareció no darse cuenta. —Todo se volverá muy confuso si seguimos diciendo «el Innombrable». Nunca encontré la razón para tener miedo de decir el nombre de Voldemort.

—Sé que usted no tiene ese problema —observó la profesora McGonagall, entre la exasperación y el enojo—. Pero usted es diferente. Todos saben que usted es el único al que el Innom... oh, bueno, Voldemort, tenía miedo.

—Me está halagando —dijo con calma Dumbledore—. Voldemort tenía poderes que yo nunca tuve.

—Sólo porque usted es demasiado... bueno... noble para utilizarlos.

—Qué suerte que está oscuro. Nunca me ruboricé tanto desde que Madam Pomfrey me dijo que le gustaban mis nuevas orejas.

La profesora McGonagall le lanzó una mirada cortante, antes de hablar.

—Las lechuzas no son nada, comparadas con los rumores que corren por allí. ¿Sabe lo que todos dicen? ¿Sobre cómo desapareció él? ¿Sobre qué fue lo que finalmente lo detuvo?

Parecía que la profesora McGonagall había llegado al punto que más ansiosa estaba por discutir, la verdadera razón por la que había esperado todo el día en una fría pared, porque ni como gato ni como mujer, jamás había mirado con tal intensidad a Dumbledore como lo hacía ahora. Era evi-

dente que, más allá de lo que los demás dijeran, no lo iba a creer hasta que Dumbledore le confirmara que eso era verdad. Dumbledore, sin embargo, estaba desmenuzando otro caramelo y no le respondió.

—Lo que están diciendo —insistió— es que la noche anterior Voldemort apareció en el valle de Godric. Fue a buscar a los Potter. El rumor es que Lily y James Potter están... están... que ellos están muertos.

Dumbledore inclinó la cabeza. La profesora McGonagall se quedó boquiabierta.

—Lily y James... no puedo creerlo... No quiero creerlo... Oh, Albus...

Dumbledore se acercó y le palmeó la espalda.

—Lo sé... lo sé... —dijo con tristeza.

La voz de la profesora McGonagall temblaba cuando continuó.

—Eso no es todo. Dicen que él trató de matar al hijo de los Potter, Harry. Pero... no pudo. No pudo matar a ese niño. Nadie sabe por qué, o cómo, pero dicen que cuando no pudo matar a Harry Potter, el poder de Voldemort se quebró... y por eso es que se ha ido.

Dumbledore asintió apesadumbrado.

—¿Es... es verdad? —tartamudeó la profesora McGonagall—. Después de todo lo que ha hecho... de toda la gente que mató... ¿no pudo matar a un niño? Es simplemente asombroso... de todas las cosas que podrían detenerlo... ¿Pero cómo sobrevivió Harry, en nombre del cielo?

—Sólo podemos adivinar —dijo Dumbledore—. Tal vez nunca lo sepamos.

La profesora McGonagall sacó un pañuelo con puntillas y se lo pasó por los ojos, detrás de los anteojos. Dumbledore resopló mientras sacaba un reloj de oro de su bolsillo y lo examinaba. Era un reloj muy raro. Tenía doce manecillas, pero ningún número; en lugar de eso, pequeños planetas se movían alrededor del borde. Pero para Dumbledore debía de tener sentido, porque lo guardó en el bolsillo y dijo:

—Hagrid está retrasado. A propósito, supongo que él fue quien le dijo que yo estaría aquí, ¿no?

—Sí —dijo la profesora McGonagall—. Y me imagino que no me va a decir por qué, entre tantos lugares, usted está aquí.

—Vine a entregar a Harry a su tía y su tío. Ellos son la única familia que le queda ahora.

—¿No quiere decir... no puede referirse a la gente que vive aquí? —gritó la profesora, poniéndose de pie de un salto y señalando al número cuatro—. Dumbledore... no puede. Los observé todo el día. No podría encontrar a gente más distinta de nosotros. Y tienen ese hijo... lo vi pateando a su madre mientras subían las escaleras, gritando para que le dieran caramelos. ¡Harry Potter vendrá a vivir aquí!

—Es el mejor lugar para él —dijo Dumbledore con firmeza—. Sus tíos podrán explicarle todo cuando sea más grande. Les escribí una carta.

—¿Una carta? —repitió la profesora McGonagall, volviendo a sentarse en la pared—. ¿De verdad, Dumbledore, cree que puede explicar todo en una carta? ¡Esa gente jamás comprenderá a Harry! ¡Será famoso... una leyenda... no me sorprendería que hoy sea conocido en el futuro como el día de Harry Potter... escribirán libros sobre Harry... cada niño en el mundo conocerá su nombre!

—Exactamente —dijo muy serio Dumbledore, mirando por encima de sus anteojos—. Sería suficiente para marear a cualquier niño. ¡Famoso antes de saber hablar y caminar! ¡Famoso por algo que ni siquiera recuerda! ¿No se da cuenta de que será mucho mejor que crezca lejos de todo, hasta que esté preparado para asumirlo?

La profesora McGonagall abrió la boca, cambió de idea, tragó y luego dijo:

—Sí... sí, tiene razón, por supuesto. ¿Pero cómo va a llegar el niño hasta aquí, Dumbledore? —De pronto observó la capa del profesor, como si pensara que podía tener escondido a Harry.

—Hagrid lo traerá.

—¿Le parece... sensato... confiar a Hagrid algo tan importante?

—Le confiaría a Hagrid mi vida —contestó Dumbledore.

—No estoy diciendo que no sea un hombre de buen corazón —dijo de mala gana la profesora McGonagall—. Pero no puede fingir que no es descuidado. Tiene la costumbre de... ¿Qué fue eso?

Un ruido sordo quebró el silencio que los rodeaba. Se fue haciendo más fuerte mientras ellos miraban a ambos lados

de la calle buscando alguna luz; aumentó hasta un rugido mientras los dos miraban hacia el cielo y una pesada motocicleta cayó del aire y aterrizó en el camino frente a ellos.

Si la motocicleta era enorme, no era nada comparada con el hombre que llevaba. Era dos veces más alto que un hombre normal y al menos cinco veces más ancho. Simplemente era demasiado grande y tan salvaje: cabello largo enmarañado, de color negro; una barba que le cubría casi toda la cara; las manos eran del tamaño de las tapas del cubo para basura, y sus pies, con botas de cuero, eran como bebés de delfines. En sus brazos musculosos y grandes sostenía un bulto con mantas.

—Hagrid —dijo aliviado Dumbledore—. Por fin. ¿Y dónde conseguiste esa motocicleta?

—Es prestada, profesor Dumbledore —contestó el gigante, bajando con cuidado del vehículo, mientras hablaba—. El joven Sirius Black me la prestó, señor. Lo traje a él, señor.

—¿No hubo problemas por allá?

—No, señor, la casa estaba casi destruida, pero lo saqué justo antes de que los *muggles* comenzaran a aparecer. Se quedó dormido mientras volábamos sobre Bristol.

Dumbledore y la profesora McGonagall se inclinaron sobre las mantas. Adentro, se veía a un bebé, profundamente dormido. Bajo una mata de pelo negro azabache, sobre la frente, pudieron ver una cicatriz con una forma curiosa, como un rayo.

—¿Fue allí...? —susurró la profesora McGonagall.

—Sí —respondió Dumbledore—. Tendrá esa cicatriz para siempre.

—¿No puede hacer nada para eso, Dumbledore?

—Aunque pudiera, no lo haría. Las cicatrices pueden ser útiles. Yo tengo una encima de mi rodilla izquierda, que es un mapa perfecto de los subterráneos de Londres. Bueno, déjalo aquí, Hagrid, es mejor que terminemos con esto.

Dumbledore tomó a Harry en sus brazos y se volvió hacia la casa de los Dursley.

—¿Puedo... puedo despedirme de él, señor? —preguntó Hagrid.

Inclinó su gran cabeza desgreñada sobre Harry y le dio un beso raspándolo con su barba. Entonces, súbitamente, Hagrid dejó escapar un aullido, como un perro herido.

—Shhh —lo chistó la profesora McGonagall—. ¡Vas a despertar a los *muggles*!

—Lo... siento —lloriqueó Hagrid y se limpió la cara con un gran pañuelo—. Pero no puedo soportarlo... Lily y James muertos... y el pobre pequeño Harry tendrá que vivir con *muggles*...

—Sí, sí, es todo muy triste, pero domínate, Hagrid, o nos van a descubrir —susurró la profesora McGonagall, palmeando un brazo de Hagrid, mientras Dumbledore pasaba sobre la verja del jardín y caminaba hasta la puerta del frente. Dejó suavemente a Harry en el umbral, sacó la carta de su capa, la escondió entre las mantas de Harry y luego regresó con los otros dos. Durante un largo minuto los tres permanecieron contemplando al pequeño bulto; los hombros de Hagrid se estremecieron, la profesora McGonagall parpadeó furiosamente y la luz titilante, que habitualmente irradiaban los ojos de Dumbledore, parecía haberlo abandonado.

—Bueno —dijo finalmente Dumbledore—, ya está. No tenemos nada que hacer aquí. Será mejor que nos vayamos y nos unamos a las celebraciones.

—Ajá —respondió Hagrid con voz ronca—. Más vale que me deshaga de esta moto. Buenas noches, profesora McGonagall, profesor Dumbledore, señor.

Hagrid se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta, se subió a la motocicleta y pateó la palanca para poner el motor en marcha; con un estrépito se elevó en el aire y desapareció en la noche.

—La veré pronto, espero, profesora McGonagall —dijo Dumbledore, saludándola con una inclinación de cabeza. La profesora McGonagall se sonó la nariz como toda respuesta.

Dumbledore se volvió y avanzó por la calle. Se detuvo en la esquina y levantó el apagador de plata. Lo hizo andar una vez y todas las lámparas de la calle se encendieron, de manera que Privet Drive se iluminó con un resplandor anaranjado y pudo ver a un gato atigrado que se escabullía por la esquina del otro extremo de la calle. También pudo ver el bulto de mantas sobre las escaleras de la entrada de la casa número cuatro.

—Buena suerte, Harry —murmuró. Giró sobre sus talones y con un movimiento de su capa, ya no estaba allí.

Una brisa pasó rápidamente por los prolijos cercos de Privet Drive, que yacía silenciosa bajo un cielo color tinta, el último lugar donde uno esperaría que ocurrieran cosas asombrosas. Harry Potter se dio vuelta entre las mantas, sin despertarse. Una mano pequeña se cerró sobre la carta y siguió durmiendo, sin saber que era famoso, sin saber que despertaría en unas pocas horas con el grito de la señora Dursley al abrir la puerta principal para sacar las botellas de leche; ni que iba a pasar las próximas semanas pinchado y pellizcado por su primo Dudley... no podía saber que, en ese mismo momento, la gente que se reunía en secreto por todo el país estaba levantando sus copas para decir con voces segadas: «¡Por Harry Potter... el niño que sobrevivió!».